

## EL PROFESIONAL

*Estén prevenidos, porque no  
saben el día ni la hora.*

*(Mt. 25-13)*

El avión toca la pista después de las doce. El aeródromo zumba y silba en la noche acribillada por las luces. Algo puede suceder aquí en las próximas horas, no sé. He llegado a cubrir una información tan pronto la Agencia me revele en qué consiste el incidente y diga qué espera de mí. Puede ser algo grande o no, según se mire, algo que comience o se extinga antes de tomar cuerpo o la semilla de una modificación sustancial; de mí depende evaluarlo sobre el terreno. Quizás el hecho no ocurra en este lugar sino más lejos o en otra parte, vaya uno a saber. En tal caso volvería a partir, continuando viaje hacia el acontecimiento que por mí será noticia.

Eso no me asombra, estoy disponible. En mi larga vida de periodista independiente y vagabundo, otras veces he partido en misiones que me fueron develadas por cable en un aeropuerto de paso o en un mensaje de hotel al llegar a una ciudad como ésta. Es que los editores internacionales tienen algo de adivinos y, en el afán de competir, lanzan a sus hombres apenas sospechan la emergencia de un suceso, guiándolos por instinto, en un vuelo a ciegas, hasta el sitio donde se manifestará la historia. Ya en plena tarea, aún ignoro si ha de ser éste u otro. Aquí, al menos, no me aguarda ningún mensaje. Por prudencia y disciplina de oficio me quedo un rato en el *hall* a esperarlo, no sea que llegue con retraso cuando yo esté en camino de la ciudad. No quisiera perder el siguiente vuelo, si ése fuera el caso.

Me informo de las próximas salidas en el tablero indicador. A esta hora no son muchas las opciones y carecen de interés, el lugar debe ser éste. Al fin y al cabo soy un profesional de cierto renombre y mis servicios cuestan. Ellos arriesgan lo suyo pero no tiran la plata en pistas falsas.

Busco un bar. No necesito reponer energías -aunque en mi situación no se sabe cuándo ni dónde se hará la próxima comida-; es para sentarme. Curiosamente soy un nómada de hábitos sedentarios. En un café se soporta mejor la soledad de estas horas y a veces hasta se encuentra un buen conversador desvelado que busca un pretexto para dar la lata. Además, todos los bares del mundo se parecen, es como no haber salido de casa. Pero los negocios están cerrados, lástima. Me resigno a esperar de pie, o no, mejor camino un poco antes de buscar el hotel.

Una luz discreta vela, más que alumbraba, la escasa actividad del *hall*. El piso de granito natural, impecablemente limpio y brillante, duplica en escorzo mi figura corpulenta y pesada, los hondos agujeros de una cara sin detalles, la espesa cabellera despeinada.

En verdad, soy lo único que se mueve. Los empleados del servicio parecen atender trámites de las aerolíneas o quizás dormiten esperando a los primeros (*¿a los últimos?*) pasajeros del día; veo sus cabezas agachadas tras los mostradores (*¿dormitan o están muertos?*). Es como flotar en un sueño. Después todo volverá a ponerse en marcha (*o ya no, ya no...*). Me sobresalto.

Al cabo de varias vueltas, largo a largo del recinto, los parlantes siguen mudos. *Demasiado tarde, ya no habrá mensaje*. Alarmante y fea corazonada. Me detengo en el centro del *hall* a rumiar mi decepción. Por el apremio de quienes me ordenaron partir, imaginaba algo importante. Una secreta inquietud inhibe mi coraje, aunque ya otras veces he quedado horas y hasta días a la deriva.

A menudo creo que mi oficio me ha fogueado, volviéndome inmune al desconcierto. Sin embargo, con los años, la ansiedad gobierna lo imprevisible de salidas y llegadas, disipa una parte de la confianza en mí mismo, devora mis mejores energías. Por eso duermo tanto y tan profundo entre una misión y otra; es un tributo a las tensiones acumuladas, al cansancio del tiempo, a la diversidad de climas y de gentes que colman la memoria sin discriminar matices, la sensación irreal de saberse ajeno en medio de las circunstancias. Como ahora.

Cruzo la puerta automática del *hall* y me detengo a esperar en la vereda un taxi. La ciudad enorme brilla a la distancia con el resplandor de una constelación caída en medio de la llanura. El aire huele a mar y hasta puede oírse la agitación de las olas, el fragor de la marejada en la rompiente, lejos, más allá de las luces.

Tengo un despertar cenagoso, atrapado en el espesor de un sueño insondable. Al abrir los ojos desconozco el lugar donde me encuentro, la cama donde he dormido, las paredes atestadas de imágenes marinas: barcos, muelles, velámenes, pescaderías desbordantes de crustáceos monstruosos, arboladuras multiplicadas en fotos, carteles y dibujos.

No sé qué hago en este cuarto ni a qué atribuir mi confusión. No recuerdo una francachela, tampoco descubro en mí los estragos de los somníferos, jamás los uso; debe ser el estupor del reposo denso y prolongado. Me miro las manos, sé que son mis manos; esta piel es mi piel. Sin embargo, mientras dormía, algo ha cambiado, este cuarto, yo mismo, el mundo, tengo esa impresión sin saber a qué atribuirlo. Entonces, ¿quién soy?, ¿a qué he venido?... Muevo los dedos, estiro las piernas para despabilarme. El sueño aún pesa en mis párpados. No quiero caer en la trampa de una pesadilla sin regreso. Una parte de mi identidad ha quedado intacta, la que piensa, la que conoce. Por ella intento recapitular mi situación, buscando en la memoria indicios orientadores.

Me veo llegar a la ciudad. El taxi me deja en una *plaza* desolada. Reflectores ocultos en las angulaciones de los edificios irradian una luz ambarina y las sombras furtivas escapan hacia el fondo, semejantes a las hojas de los periódicos aventados por la brisa del mar. En las calles, junto a los cordones, se alinean centenares de automóviles hasta donde la vista alcanza. Por la ausencia de trasnochadores –a nadie se le ve por allí, descontando el mendigo acurrucado bajo los portales de la iglesia, en lo alto de la escalinata-, se diría que algo imprevisto acaba de ocurrir. Impresiona el silencio. Soledad, abandono, extremo recogimiento, a todo me lo explico en razón de la hora. Los trolebuses ya no corren, las cuadrillas de limpieza aún no han salido... ¡Oh Dios!, en un instante de perplejidad que confundo con lucidez, todo encaja en un orden lógico.

El bolso de mano, el impermeable, la cámara fotográfica, la máquina portátil de escribir me muestran, en la imagen siguiente, con la indumentaria y el equipo de mi oficio, en el mismo sitio de la ciudad extranjera donde el taxi me ha dejado. Ahí, en el *circus* desierto, tengo la conciencia de estar solo, de la hora avanzada, de hallarme sin alojamiento, de no hablar el idioma del país. La evidencia de mi desamparo me estremece hasta el pánico.

Todavía ignoro, en mi despertar abismado, si se trata de un sueño, de un mal recuerdo o de una experiencia vivida la noche anterior. En realidad no sé nada, salvo que estoy en este cuarto prestado (¿por quién?), alquilado (¿en qué momento?) o sencillamente ocupado al amparo de una circunstancia anómala.

Me incorporo en la cama. Sólo tengo puesto el *slip*. El resto de mi ropa cuelga de un sillón. A los pies veo mis otras pertenencias. Me desperezo tratando de sobreponerme a la languidez que sucede a los viajes. Largo ha sido el mío, aunque no atine a rescatar sus motivos.

En apariencia nada urge. Espero, como otras veces, las indicaciones de mi editor, la próxima jugada que su olfato o sus confidentes convertirán en el despliegue de un puñado de profesionales dispuestos a correr su aventura en pos de un acontecimiento. Sin embargo, en mi fuero íntimo, ya no espero nada. Algo me dice que la señal se ha perdido, que soy un hombre sin destino, y eso me inquieta, me entrega a la melancolía de los desahuciados.

Trato de arreglar las almohadas para acomodar mejor la espalda. Siento frío. Me cubro con la sábana. Tengo hambre. No he comido, ¿desde cuándo? Hay un teléfono a mi izquierda pero vacilo en usarlo. Conozco la frustración de escuchar al otro lado la voz que nos habla en un idioma desconocido cuando no valen gestos ni dibujos. Ningún comedido se acercará a traducir la orfandad de nuestra mímica. Las voces se encuentran a solas, suenan extrañas, se rehúyen hasta callar. Ya bajaré, mejor quedarse quieto. Afuera está la plaza, la *plaza*... Un temblor me recorre el cuerpo, me sacude. Salto de la cama y comienzo a vestirme.

Qué torpeza la mía, qué descuido imperdonable. La noticia estaba afuera, anoche. ¡La noticia era la ciudad! Me enredo al ponerme las medias, los pantalones. Desfallezco de vergüenza cuando me enfundo la camisa. Me gusta dormir, ya sé, por causa de este placer barato he llegado tarde a citas importantes, he desmerecido mi trabajo, he dejado que colegas inexpertos o mediocres ocupen mi lugar en misiones destacadas, he cedido muchos puntos en el escalafón de los propios méritos, obligándome después a esfuerzos agotadores y astucias increíbles para recuperar la confianza y el prestigio inmolados al sueño... A los tirones anudo la corbata, me pongo el saco. ¡Qué despistado! El suceso estaba delante de mí, el mensaje no llegó porque era innecesario, y no lo vi... Salgo a la carrera de mi pieza y abandono el hotel, dándome cuenta, a pesar del aturdimiento, de que allí no hay un alma.

Una luz lechosa e indefinida alumbra la plaza vacía. Debe estar nublado o tal vez los rascacielos ocultan el sol. No parece temprano y sin embargo en el *circus* no hay nadie. Con ademán reflejo miro la hora y recién advierto que no

llevo el reloj, lo he olvidado en el hotel. No sé por qué pienso que esa contrariedad me deja *fuera de tiempo*.

La mañana avanza sobre un centro vacío. Considerando los autos abandonados al azar de una sorpresa o una estampida, se diría que algo extraordinario sucedió, pero ¿qué? ¿Un temblor de tierra, una alarma atómica, la eclosión de una peste? Y ¿cuándo? ¿Ayer? ¿Anoche mismo, en el momento en que yo llegaba? Las veredas, las calles, los umbrales se ven sucios, cubiertos de cosas caídas o arrojadas de improviso, diarios, cajas, bolsas de plástico, un cochecito de bebé, un muñeco decapitado; hay también vidrios rotos, ¿escombros?

De pronto me veo parado en medio de la rotonda, indeciso, inútil y ridículo con mi equipo a cuestas, en pos de algo que ignoro y ya sucedió. No sé por dónde empezar, cómo orientarme, a quién acudir. Recuerdo entonces al mendigo refugiado en el pórtico de la iglesia. Allí está todavía, alcanzo a ver su bulto oscuro en lo alto de la escalinata. Cruzo y subo a interrogarlo.

Es un hombre viejo, flaco, huraño. Al escuchar mis pasos tiende la mano. Sonrío en medio de mi desconcierto, él también es un profesional. Lleva el pantalón arremangado en la pierna derecha, donde exhibe una enorme llaga seguramente provocada por abrasivos para estremecer la piedad ajena simulando una lepra. Le doy una buena limosna para halagarlo y ganar su confianza.

- ¿Qué está pasando aquí, dónde están todos, no sabe?

El hombre cabecea, como reprochando mi ignorancia, pero, después de pensarlo un momento, se encoge de hombros. Después dice de mala gana, con cierta suficiencia:

- Se fueron con él.

Luego calla buscando el suspenso. Es astuto. Aguza el oído para sentir en mi voz el efecto de su información oscura. Hay algo cómico en la pantomima, una nota de humor en la seriedad de mis tribulaciones. Me divierte hacerle el juego.

- ¿Quién es *él*? ¿Un predicador, un caudillo, un jeque?

Por el gesto desolado del mendigo comprendo mi error de no tomarlo en serio a pesar de su comedia.

- ¡Quién va a ser! ¿De veras no lo sabe?... -se rasca la cabeza buscando cómo seguir. Espero un discurso, pero elige la parquedad:- Él volvió y los ha llamado. Casi todos lo siguieron.

- Está bien. Ahora dígame adónde. Tengo que verlo.

- Si no lo ha visto ya...

Hablamos en susurros. El vacío de la ciudad nos agobia y, sin darnos cuenta, tememos que nuestras voces resuenen, si las alzamos, en el silencio de los edificios, en la inmovilidad de las calles despobladas.

- Es que me quedé dormido, lo siento.

- En este mundo no eran muchos los que podían dormir... -se ríe para sus adentros.

- Me canso demasiado...

- No tiene por qué disculparse.

El tono monocorde y resignado del mendigo contrasta con el apremio del mío, acuciado por remotos deberes, urgido por una realidad que se me escapa y ante la cual no me atrevo a ceder. Además no quiero contradecirlo, por eso me disculpo, le doy explicaciones.

- Los años no vienen solos, usted sabe.

Se acaricia una mano, pensativamente, la cabeza alzada, los ojos fijos y opacos.

- Sé lo que siente, no se preocupe. Yo tampoco lo vi.

- ¡Pero usted es ciego! -exclamo.

- No es eso. Otros ciegos lo han visto. Yo no lo vi porque no creía, igual que usted. Por eso se quedó dormido.

- Si yo creo... -murmuro, sorprendiéndome en un desanimado recuento-. Con algunos altibajos, no voy a negarlo. A fuerza de vivir, el tiempo se pasó volando. Me distraje. He visto tantas cosas... Fue un olvido.

- ¿No le dije?

Entiendo. Puedo darle mil explicaciones al mendigo, pero ¿qué voy a decirle a ÉL? Quedan, sin embargo, los deberes de mi oficio. Saco la libreta. Aunque sea desde afuera debo cubrir la información. Empiezo a tomar notas.

- ¿Sucedió de golpe, sin ningún anuncio?

- Estaba anunciado desde hace mucho.

- Quiero decir un anticipo, alguna señal.

- No que yo sepa, salvo las Escrituras.

- ¿Hubo tumultos?

- No sé de qué habla.

- Quiero decir apretujones, desórdenes...

- No, todo fue muy ordenado.

- ¿Qué piensa sobre el motivo del viaje?

- Él volvió a cumplir su promesa.

- ¿Dónde se encuentra ahora? Quiero entrevistarlo.

El mendigo se cubre la llaga con el pantalón y recoge las piernas.

- Ya todo se ha cumplido.

Su voz lamentable, su ambigüedad, me crisan los nervios.

- ¿Qué quiere decir con eso?

- Él ya juzgó y se fue. Todos se han ido, ¿no lo ve acaso?

La suciedad y el abandono del lugar me recuerdan una escena de la cinta *Punto muerto*. El viento del mar arrastra los desperdicios por las calles desiertas.

- ¿Y qué se puede hacer?

- Si a usted se le ocurre algo... Hemos quedado pocos, hablamos el mismo idioma (¿no lo había notado?), disponemos de toda la ciudad, de todo el tiempo. Haga lo que haga, nadie va a decirle nada.

- Pero yo no soy de aquí...

- ¿No es de aquí? -se ríe, cabeceando-. ¿Y quién va a llevarlo de vuelta? Tendrá que arreglarse solo. ¿Qué otra esperanza le queda?

Se levanta, se sacude el polvo de los fondillos remendados y, sin agregar palabra, baja la escalinata de la iglesia.

- Es cierto, ya no queda ninguna... -me digo, pensando en el tedio de una eternidad sin esperanza.

El rezongo del viento rebota en las piedras del atrio. El invierno afile sus uñas en los muros de la ciudad abandonada.

*José Luis Vittori*

*(Cuento del libro "El tiempo y los sueños". Santa Fe. 1998)*

[www.joseluisvittori.com](http://www.joseluisvittori.com)